

LA PEDAGOGIA EN AUTORES DEL SIGLO II D.C.

Teresita Bonilla Marín

Durante toda la etapa de formación pedagógica se plantea a los futuros educadores, una permanente reflexión sobre la importancia no solo de dominar la disciplina que luego se enseñará, sino también sobre el valor de poseer buenas técnicas para enseñar con eficiencia y sobre el esfuerzo, también muy importante, de cultivar constantemente las habilidades innatas para transmitir conocimientos.

Los futuros maestros descubren que la pedagogía es la ciencia y el arte de la educación, y reconocen que educar es en todo momento, una praxis pedagógica que se realiza en dos planos principales: la instrucción y la formación de los alumnos. Estas ideas sin embargo, son el producto de largas etapas evolutivas del pensamiento filosófico-educativo de la humanidad y han estado en embrión y sin percibirse tan claramente como en la actualidad, en la mente de los educadores de todos los tiempos.

El haber desempolvado y leído por casualidad párrafos de libros muy antiguos, que revelan preocupaciones educativas que no han perdido vigencia, es lo que motiva y ha dado origen a este pequeño ensayo.

Vistos e interpretados con mentalidad moderna los textos pedagógicos del Segundo Siglo de nuestra era, seleccionados para escribir este artículo, permitirán comprender el sistema filosófico y estructural de la educación cristiana antigua, que con vigencia permanente son la causa renovada de toda cultura occidental cristiana.

"El diálogo con Trifón" de San Justino, "El Apologético" de Tertuliano y el "Discurso a Diogneto" de autor anónimo, fueron escritos en Roma aproximadamente entre los años 150 y 197 de nuestra era, bajo los gobiernos de Antonino Pío y Septimio Severo. Revelan con notable exactitud, las preocupaciones y pro-

blemas de los primeros maestros cristianos y el ambiente ideológico al que se enfrentaban (Daly, 1963).

I. Contexto Histórico

Durante todo el siglo II, los cristianos habían disfrutado de una precaria paz, alternada por brotes esporádicos aunque virulentos de sangrienta persecución, debido más al celo exagerado de autoridades subalternas y al odio latente del populacho que a persecuciones oficiales (Burgh, 1976).

El ambiente de un Imperio Romano decadente, cuyas virtudes y valores civiles y morales estaban desapareciendo preocupaba a padres y educadores que encontraron en la nueva doctrina cristiana la salvación ansiada.

La enseñanza de los nuevos valores a los jóvenes, rodeados por una sociedad libertina y atractiva, hizo que aquellos maestros cristianos perfeccionaran y embellecieran sus métodos educativos, de manera que la nueva doctrina fascinara las mentes de las nuevas generaciones.

El emperador Trajano, de los primeros años de la Segunda Centuria había concretado un delito: "ser cristiano", pero exigía denuncias firmadas y probadas antes de iniciar cualquier persecución. Si se descubría falsedad en las acusaciones, el acusador debía ser castigado (Cochrane, 1949).

Adriano, sucesor de Trajano fue aún más tolerante con los cristianos, esto y la actitud conservadora del Emperador Antonino Pío, hombre honrado y bondadoso, permitieron la existencia a la luz pública del didascaleo (origen de la palabra didáctica) cristiano o escuela apostólica de San Justino (Loisy, 1948).

Sin embargo, se necesitaba extraordinario valor de los perseguidos para mantener abierta una escuela superior de filosofía cristiana en plena Roma, donde los cristianos eran una minoría odiada y perseguida por un populacho ateo y libertino instigado por sacerdotes paganos mendigos que ven perder progresivamente sus medios de vida, a medida que la nueva religión progresaba (Romero, 1946).

Tertuliano nos muestra en su APOLOGETICO, el ambiente terriblemente hostil en que tenían que vivir los cristianos de los que se decían las más abominables calumnias: sacrificaban niños, adoraban la cabeza de un asno, realizaban orgías con ritos incestuosos, eran impíos y culpables de todas las calamidades que azotaban el imperio. Por lo tanto lo más correcto era hacerles desaparecer (Loisy, 1948).

Bajo el reinado de Marco Aurelio y por denuncias legales de particulares que ponían en movimiento a las autoridades subalternas, fueron martirizados en Roma, San Justino y seis compañeros. En Lyon, San Pontino, Santa Blandina y cincuenta más, y otros muchos cristianos en Oriente (Romero, 1946).

Igual aplicación del principio jurídico establecido por Trajano, se hizo bajo el emperador Cómodo, cuyo régimen de feroz despotismo estaba en manos de indignos favoritos, quienes realizaron una serie de usurpaciones que sucedieron a su muerte.

Septimio Severo, después de tres años de guerras civiles restableció la Unidad del Imperio, y privó con eso al Senado de sus atribuciones legislativas. Herencia que recogió el Consejo Imperial que a su muerte en el 197, orientó el gobierno hacia la monarquía absoluta (Burgh, 1976).

Para esta época ya los cristianos se habían multiplicado sensiblemente.

2. Autores

2.1. San Justino

Este autor nació en Samaria en la primera mitad del siglo II y fue cuidadosamente educado en disciplinas clásicas.

Con respecto a él, Eusebio de Cesárea, historiador del siglo IV, señala que aunque era legítimo amador de la Verdadera Filosofía, San

Justino, pasaba el tiempo ejercitándose en las doctrinas de los griegos. Se dice que enseñaba en atuendo de filósofo (tubon) en el gimnasio de Efeso. Pronto se trasladó a Roma para abrir una escuela de filosofía cristiana. Es evidente la importancia que daban estos primeros educadores cristianos a una formación académica profunda en los conocimientos de su tiempo, que fortaleciera y dotara de autoridad su enseñanza ante sus discípulos (Loisy 1948).

El punto de partida de la doctrina de San Justino es el estoicismo o Stoa. Para los estoicos, el logos es la razón inmanente del mundo, la ley que rige, la fuerza vital que anima... cada uno tiene su propio logos en particular, "su razón seminal".

San Justino intenta integrar en la verdad total del cristianismo cuando de verdad podía haber esparcida por los varios sistemas filosóficos de su tiempo, pues considera entre otras cosas, que la sabiduría de la Antigua Grecia contenía en parte la iluminación del Divino Logos adorado por los cristianos en Jesucristo.

Su Didascaleo romano era iniciativa privada, empresa personal suya, sin conexión oficial con la jerarquía eclesiástica, él no era doctor de la Iglesia, ni siquiera era presbítero, era un laico que sentía muy viva la vocación de la enseñanza y la cultivaba con pasión.

Estaba convencido que "quien puede decir la Verdad y no la dice, será juzgado por Dios" (Ruiz, 1954, pág. 159).

Por rivalidad personal, el filósofo cínico Crescente, lo acusó de cristiano al "praefectus orbi" y en el año 163, Junio Rústico, confidente del emperador Marco Aurelio, lo condenó a muerte por el sólo delito de confesar su fe. En el interrogatorio de su martirio declara al prefecto Rústico el sitio donde se había establecido y cómo allí, a quien quería acercársele le comunicaba las palabras de la Verdad (Ruiz, 1967).

Solo tres de sus obras se han conservado, la I y II Apologías y el Diálogo con Trifón.

2.2. Quintinio Séptimo Florencio Tertuliano

Tertuliano nació hacia la primera mitad del siglo II D.C. en Cartago. Su padre era centurión de la cohorte del procónsul (Burgh, 1976).

Cartago, después de su restauración por Julio César, había recobrado su primera posición como centro comercial y lugar importante como centro de cultura. El padre de Tertuliano tenía allí una posición excelente para dar a su hijo una cuidadosa educación en Retórica, Literatura y Leyes. La educación de Tertuliano no se limitó a estos campos, también adquirió conocimientos de historia, arqueología, medicina y en muchos casos de los más importantes sistemas de filosofía greco-romana. Escribía además con igual facilidad el latín y el griego (Cochrane 1949).

Después de haber terminado sus estudios pasó un tiempo en la capital romana, donde según el historiador Eusebio de Cesárea, se distinguió por sus sobresalientes cualidades como abogado.

En "La Compilación", una colección de extractos de las opiniones de los primeros juristas, recogidas por orden del emperador Justiniano, aparecen anotaciones de los escritos del jurista Tertuliano (notas del libro VIII de Castrensi peculio liber singularis) (Daly, 1962).

Su familia era pagana y él mismo confiesa que siguió esas costumbres y bebió profundamente en la copa de los placeres mundanos hasta que ya hombre maduro abrazó el cristianismo en Roma. En sus escritos no explica claramente las razones de su conversión. Parece que le conmovió observar la perseverancia de los cristianos en las persecuciones y el heroico valor de los mártires. En sus escritos pone énfasis en el hecho de que la Iglesia debe su triunfo a los sufrimientos: "La crucifixión, la tortura, la condena nos tritura hasta el polvo... sin embargo cuando somos eliminados o segados por vosotros, nuestro número crece. La sangre de los cristianos es la semilla" (Daly, 1962).

Después de su regreso al Africa empezó a jugar un importante papel en la Iglesia de Cartago, usando su pluma en defensa de la fe que había abrazado. Según San Jerónimo, Tertuliano llegó hasta el sacerdocio.

Fue un luchador nato, tenía sus ojos puestos en las metas que deseaba conquistar: la religión pagana, los gobernadores paganos, los gnósticos y la iglesia cristiana misma.

Su ardiente e inquieto carácter que lo mantenía en constante incertidumbre y fuerte

irritación, lo condujo en el año 205 a los Montanistas, una secta caracterizada por un excéntrico ascetismo y varias creencias milenarias. Fue muy importante en la rama africana de esta secta, cuyos seguidores fueron llamados tertulianistas.

Tertuliano vivió en Cartago hasta su muerte ocurrida alrededor del año 220.

Sobrepasa en originalidad a todos los escritores latinos anteriores a San Agustín. Sus trabajos muestran un profundo conocimiento histórico y literario y una gran familiaridad con los problemas de su tiempo.

San Jerónimo decía de sus obras, que el Apologético y el Libro contra los Gentiles contenían toda la sabiduría del mundo.

Vicente de Lerin afirma que Tertuliano era para el latín, lo que Orígenes para el griego. Además, con su admirable capacidad mental abarcó con extensión considerable la filosofía, la historia y la ciencia natural.

No todas las cualidades de su personalidad son dignas de alabanza, Tertuliano era agresivo, terco, colérico, individualista, inclinado a extremismos. Defendía sus puntos de vista con agudeza, sarcasmo y sin remordimiento. La moderación y tranquila apreciación de los puntos de vista del oponente eran extraños a su ardiente e irascible naturaleza (Daly, 1962).

Para él, los filósofos anduvieron extraviados en el conocimiento de Dios y en lo concerniente a la vida moral del hombre, pero era muy oulto para reconocer la utilidad de muchas doctrinas filosóficas. Opinaba con sinceridad con respecto a la razón natural, y reconocía que aún los filósofos paganos fueron capaces de reconocer la Verdad hasta un cierto grado, esto le permitió tener consideración para la filosofía, a la cual había rechazado por razones polémicas. De hecho le reconocía la verdad que contenía y la importancia para sustentar la Verdad cristiana.

El lenguaje y estilo de Tertuliano son la clara expresión de su alma apasionada. Es magnífico su manejo del latín, breve y conciso, con frases claras, sin superfluidades, de cada palabra plena de significado, abre un horizonte sin límites a la imaginación y al pensamiento del lector. Era un creativo y fascinante educador. Sugiere un mundo de ideas con solo una palabra (Daly, 1962).

Su atrevida expresión gusta de lo inusual, su amor por la epigramática brevedad lo hacen el más oscuro y difícil de los escritores del cristianismo antiguo.

Tertuliano cae pronto en el olvido posiblemente porque la mayoría de sus escritos se perdieron y por su apostasía al abrazar el montanismo.

En la época de San Cipriano, quien lo llamaba su maestro, tuvo una honrosa posición entre los humanistas.

3. Obras

3.1. Diálogo con Trifón¹

Este libro fue escrito por San Justino en el año 155 d.C. Es el único documento que constituye la controversia de la iglesia con el judaísmo. El estilo literario utilizado es el diálogo, propio de los autores clásicos anteriores, por lo que nos recuerda los diálogos platónicos. Su doctrina manifiesta una clara influencia paulina: establece la relación ante el viejo y el nuevo testamento y previene contra el peligro de la judaización del cristianismo.

3.2. El Apologético²

"Apologeticus" significa en griego La Defensa. Los propósitos de la obra eran defender a los cristianos de los cargos que se les hacían y realizar la reivindicación científica de la religión cristiana.

El Apologético tiene un brillante estilo retórico y argumentos de gran fuerza. Fue escrito por Tertuliano hacia el año 197, primera época de su conversión del paganismo cuando aun no lo oscurecía la herejía de Montano (Daly, 1962).

Usa el modelo de las apologías griegas, utilizadas en controversias filosóficas (el diálogo) pero con un estilo y un tono condiciones por las circunstancias.

Está dirigido a los gobernadores provinciales del Imperio Romano, en un claro intento de que abrieran los ojos a la Verdad.

Escrito con la precisión e irresistible lógica de un avezado abogado, ofrece la elocuencia y habilidad retórica de un autor romano exquisitamente educado.

Combina un majestuoso equilibrio con una vibrante pasión y una afectada oscuridad. Fue el primer intento de crear una filosofía teórica y práctica de la vida cristiana y la primera lucha por uno de los valores humanos: La libertad de conciencia.

El viejo espíritu marcial estaba aún viviente en este tardío apologista latino que superó a los griegos en elegancia, para quien la lucha era materia de vida o muerte, llegando hasta negar al Estado romano su derecho a la existencia, derecho que había sido respetado con lealtad por los apologistas griegos.

La apología era un instrumento para los combates intelectuales en la arena de la literatura.

Al defender Tertuliano la integridad moral de la vida cristiana, devuelve a sus acusadores, en un vigoroso y virulento lenguaje, los cargos de los más abominables crímenes. Esta evidente y primerísima lucha por la justicia social, atrae inmediatamente nuestra simpatía.

La obra nos ofrece un valioso comentario de las costumbres y moralidad de la sociedad romana del siglo II: brutales deportes, liviandad e impiedad de los espectáculos, olvido de las antiguas y buenas costumbres romanas, de la sobriedad, de la castidad, de la continencia, del respeto por la vida humana y de la deferencia por los mayores. Ofrece de la forma más atractiva una serie de hermosos puntos a la consideración de todo educador que quiera formar en principios y valores morales a sus alumnos. *

El Apologético marca el principio de una nueva y revitalizada era de la literatura latina con rasgos marcados del estilo posterior.

3.3. Discurso a Diogneto³

El estilo íntimo de esta obra, la coloca dentro de un género lírico religioso de una gran hermosura y delicadeza.

Fue escrita hacia el año 150, pero se ignora quién es su autor; unas veces ha sido atribuida a San Justino y otras a Cuadrato, sin embargo el estilo literario no se ajusta al de estos autores. Se reduce a una corta reflexión de una noble alma pagana sobre el cristianismo. El desconocido autor pide explicaciones sobre lo que esta nueva doctrina tiene de sorprendente:

¿Qué Dios es ese a quien sirven estos hombres superiores?

¿Qué vínculo los une para que se amen como se aman?

¿Qué valor les hace despreciar el mundo y la muerte?

¿Por qué no siguen la idolatría de los helenos, ni practican las observancias judaicas?

¿Cómo de pronto y no antes ha aparecido esta raza nueva y este nuevo género de vida? (Ruiz, 1954).

4. Aspectos Pedagógicos de las Obras

De las obras citadas podemos señalar algunas ideas pedagógicas, aunque no aparezcan con esta denominación explícitamente, pero las referencias nos orientan a una interpretación del pensamiento pedagógico de la época, en sus dos planos principales: instrucción y formación.

4.1. Instrucción

"Educar" es para los tres autores, la transformación de hombres viciosos en hombres nuevos, capaces de honrar a Dios en todo momento gracias a dos medios importantes: la instrucción y la formación moral:

"...Levantamos nuestra esperanza, vigorizamos nuestra confianza, intensificamos nuestra disciplina al mismo tiempo, por la ENSEÑANZA de los preceptos morales" (Daly, 1962, pág. 102).

La instrucción se dirige a la materia que debe aprenderse, conocimientos encaminados a la práctica de la conducta adecuada en cada circunstancia de la vida. Es ofrecer normas para un buen comportamiento y una buena ejecución de las tareas cotidianas.

Por eso leemos:

"Mas el que con temor ha alcanzado la ciencia y busca además la vida, ese planta la esperanza y guarda su fruto" (Ruiz, 1967, pág. 860).

La enseñanza de la verdad total, de los preceptos morales, de la doctrina, debía traducirse para los autores en una forma de vida práctica, de amor y servicio a Dios y a los semejantes:

"... Compartimos con vosotros nuestras artes, colocamos los productos de nuestro trabajo a vuestro servicio" (Daly, 1966, pág. 107).

"...Si como he dicho arriba, estamos obligados a amar a nuestros enemigos, ¿a quién vamos a odiar? Así mismo, si se nos prohíbe devolver las injurias, no sea que con nuestras acciones nos transformemos en malhechores como ellos; ¿a quién vamos a injuriar?" (Daly, 1962, pág. 94).

Los autores aceptan el sistema educativo de la sociedad de su tiempo. Los niños cristianos eran alfabetizados en las Escuelas paganas, unas privadas, otras municipales o pagadas por el Estado. Se les enseñaba a respetar al Emperador y a toda persona que ostentaba algún tipo de autoridad como el maestro y los padres:

"Respetemos en los emperadores la voluntad de Dios, puesto que El los ha colocado sobre el pueblo (...) y consideramos éste un importante mandamiento" (Daly, 1962, pág. 88).

De manera que enseñaban:

"Todo lo que es prohibido con respecto a otro, es tal vez aun, a un mayor grado prohibido con respecto de aquel que es a través de Dios, tan grande personaje" (Daly, 1962, pág. 94).

La formación cristiana la recibían los niños, en el seno de la familia y en la catequesis de la Iglesia: los educadores pensaban que su conocimiento religioso bien fundamentado sabría establecer las rectificaciones necesarias en su conducta personal.

En Tertuliano vemos claramente que la formación cristiana se sobreañade a la educación humanística, sus referencias y ejemplos son tomados de la literatura clásica, de la mitología, el teatro y la historia.

Así leemos:

"Por ejemplo, Sócrates, célebre por su sabiduría, un Aristides por su justicia, Temístocles por su habilidad militar, un Alejandro por su distinción, un Polícrates por su buena fortuna, Cresos por su riqueza, un Demóstenes por su elocuencia" (Daly, 1962, pág. 40).

El maestro debe estar revestido de un carisma especial, una vocación o cargo propio que legitime su ministerio. Debe ser respetado y ennoblecido por la Comunidad, por el prestigio de las enseñanzas que imparte. Ese honor no es gratuito, debe el educador hacerse merecedor de él, por la práctica en grado mayor que el resto de los cristianos de las virtudes

humanas y morales que exige el cargo. Tiene que ser además de virtuoso y sabio, bien formado en las normas clásicas, de oratoria, filosofía y dialéctica.

"Desde el principio El envió al mundo hombres que a causa de su pureza y rectitud, fueron dignos de conocer a Dios y hacerlo conocer a otros" (Daly, 1962, pág. 53).

"Pareceme (...) que estás muy ejercitado con el trato de muchos en todas las cuestiones, y por ello *preparado* para responder a todo lo que se te pregunta" (Ruiz, 1954, pág. 385).

El trato con los alumnos tiene que ser amistoso, una especie de mezcla de bondad, amabilidad y firmeza que permite aun las bromas con ellos sin temor al irrespeto:

"¿Y quién eres tú, oh el mejor de los mortales?, le repliqué yo, bromeando un poco" (Ruiz, 1954, pág. 300).

El ambiente físico del lugar donde se enseñe ha de ser cómodo y agradable. Preferían la luz del día para la enseñanza:

"...ahora está el día por terminar, pues el sol llega ya poniente... y pondré fin a mi discurso". (Ruiz, 1954, pág. 541).

Se distinguen también fácilmente las cualidades que exigen a los alumnos, en resumen son: interés, actitud para aprender, veracidad o deseo de ser enseñados, respetuosos con sus maestros y esforzados en el estudio. Cultivaban la reflexión y favorecían un ambiente en el que los alumnos preguntaban con respeto e interés y el maestro respondía con agrado y aclaraba las dudas:

"Admiro, amigo esa tu reverencia y..." (Ruiz, 1967, pág. 444)

"Tu pregunta es muy aguda y discreta pues parece haber ahí una dificultad" (Ruiz, 1967, pág. 375).

Los métodos utilizados en la enseñanza son variados, desde la mayéutica socrática hasta la pedagogía participativa. Son comunes frases interrogativas y que llevan a la reflexión para el reafirmar el aprendizaje.

"¿Que se sigue pues de allí?"

"¿Qué opinas sobre esto?"

"Reflexionad os ruego..."

"Pregunta... le contesté- cuanto te plazca... tal como se te ocurra que yo trataré de volver a mis razonamientos y completarlos una vez que tú hayas preguntado y yo respondido" (Ruiz, 1967, pág. 375).

"Vamos a examinar juntos, le dije, si es posible guardar todo lo que fue..." (Ruiz, 1967, pág. 376).

4.2. Formación

La Educación es más que una transmisión de la cultura, es más que la ayuda prestada a una persona en su labor de adaptación y de adquisición de conocimientos mediante la instrucción. Así lo entendían también los primeros educadores cristianos, cuya preocupación formativa abarca tres elementos importantes: la formación de la capacidad reflexiva de los alumnos mediante el ejercicio de la especulación como los hemos visto, la formación de los hábitos para juzgar bien de las personas y las situaciones y la disposición de actuar rectamente mediante el ejercicio en la toma de decisiones.

Los educadores de la segunda centuria consideraban la formación filosófica como el gran auxiliar para la formación intelectual y moral de sus alumnos; así, leemos en sus escritos:

"Entonces permitid a la Verdad llegar a vuestros oídos por el particular y tranquilo medio de filosofía" (Daly, 1962, pág. 7).

"La filosofía es en realidad el mayor de los bienes... siendo como es ella ciencia una" (Ruiz, 1967, pág. 302).

Los discípulos no eran forzados a recibir conocimientos o a participar en clases.

"Nadie es forzado, cada uno hace su contribución voluntariamente..." (Daly, 1962, pág. 99).

Es evidente a través del análisis de las obras presentadas en este breve estudio, que el hombre siempre ha necesitado ayuda para llegar a su plena realización y siempre ha encontrado sin duda, personas capaces de dársela, educadores que efectivamente le dan, gracias a la formación pedagógica y práctica recibida en los centros de Educación Superior.

Deducimos también, que cuando formamos, no es suficiente comprobar que nuestros alumnos hayan conseguido autonomía. Debemos enseñarles también, a ejercitar su voluntad

constantemente en el sentido adecuado, pues sólo alcanzarán la madurez psicológica deseable, en la medida en que sus actos sean la expresión de una firme y recta dirección de la voluntad y constituyan el fruto de una buena orientación.

Notas

1. La traducción del griego del "Diálogo con Trifón", escrito por San Justino, está en "Padres Apologistas Griegos" de Daniel Ruiz Bueno. BAC, Madrid 1954.
- 2 y 3 La traducción del latín al inglés de "El Apologético" de Tertuliano y de "El Discurso a Diogneto" anónimo, está en "Fathers of the Church" de la Hna. Emily J. Daly- Católica U. of America Press. Washington 1962.

Bibliografía

- Burgh, W.G. *El legado del mundo antiguo*. Pegaso, Madrid, 1976.
- Cochrane Ch. N. *Cristianismo y Cultura Clásica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1949.
- Daly E.J. *The fathers of the Church*. U. of América Press. Washington 1962.
- Loisy A. *El nacimiento del cristianismo*. Argos, Buenos Aires, 1948.
- Romero C.A. *El triunfo del cristianismo*. EMECE S. A., Buenos Aires, 1946.
- Ruiz B.D. *Padres apostólicos*. BAC, Madrid, 1967.